

Formación de Animadores Misioneros

CARPETA 5

Los caminos de la Misión



Tema 5

LA FORMACIÓN DE IGLESIAS LOCALES



OBRAS MISIONALES PONTIFICIAS

PRESENTACIÓN

Los caminos de misión (el testimonio, el anuncio, la conversión a Cristo y el bautismo) desembocan en el nacimiento de una pequeña comunidad de cristianos con vocación de crecimiento. Así lo explicó el Concilio en 1965: *“El fin propio de la actividad misionera es la evangelización y la implantación de la Iglesia en los pueblos o grupos en los que no ha arraigado aún”* (AG 6).

En Japón se topa uno de vez en cuando con discípulos de Jesús que se denominan a sí mismos *“cristianos sin Iglesia”*. Son personas que, cautivadas por la persona de Jesús, le entregan sus vidas, se reúnen para escuchar y meditar juntos sus palabras, pero, desalentados ante la división y los fallos de las Iglesias cristianas que ven a su alrededor, no se deciden a afiliarse a ninguna de ellas.

También en nuestro ambiente descristianizado abundan las posturas, incluso de bautizados, que se distancian de la Iglesia o, al menos, de una parte de la Iglesia. Y, sin embargo, hoy mismo ¡hay tantos motivos para amar a la Iglesia de Cristo y para darle gracias y procurarle un rostro cada vez más limpio y hermoso!

Y no sólo estamos llamados a amarla. Se nos encomienda fundarla y hacerla crecer: sin comunidad, sin Iglesia, no hay fe cristiana que pueda fructificar. Con sus luces y sus sombras (son las nuestras), es un don del Espíritu, es casa y escuela de comunión, es signo de salvación y de una fraternidad nueva. Todos los caminos de la misión apuntan a ella.

Sólo el aliento de Pentecostés, sólo el gozo de la comunión, sólo la alegría de contemplar el rostro del Resucitado pueden aportar el fervor y la fuerza que aparecen en las primeras comunidades de todos los tiempos. Siempre fue así, pero durante cientos de años los católicos apenas teníamos conciencia de tanta variedad, multiplicidad y riqueza de Iglesias locales. Y es que, en la visión algo recortada de esa época, la Iglesia Católica toda aparecía ante nuestros ojos casi como una inmensa diócesis que aglutinaba, pero también eclipsaba, a las otras.

Desde la realidad

El Concilio Vaticano II nos ayudó a ver a la Iglesia como una gran comunión de Iglesias locales nacidas de la misión y enviadas a evangelizar, cada una con sus dones y su historia de gracia, todas llamadas a irradiar la bondad salvadora de Dios manifestada en Cristo. Y aprendemos así a valorar y agradecer el nacimiento y el caminar de cada Iglesia, ese grupo humano que, bajo el impulso del Espíritu, responde al anuncio del Evangelio y actualiza el misterio pascual en la celebración de la Eucaristía y en obras de amor dignas de su Señor.

- ¿Qué impresiones se transmiten hoy en los medios de comunicación sobre la Iglesia?
- ¿Cómo pensamos y cómo hablamos nosotros sobre la Iglesia?

DESARROLLO EXPOSITIVO

I. Así nace una Iglesia

Si se pregunta a los misioneros, éstos contarán: “No había en la región ninguna presencia cristiana, pero una familia me acogió en su casa y ya, siempre que pasaba por allí, me hospedaban y en su casa celebraba la Eucaristía... Poco a poco, toda la familia se hizo cristiana. De esto hace unos 50 años. Hoy esa familia es una comunidad de unos 600 cristianos con una abuela feliz: la primera bautizada, una hija de aquella familia...”. “En el libro de bautismos de mi comunidad figura en latín el nombre del primer bautizado, un muchacho minusválido; sobre ese fundamento creció la comunidad actual de más de 500 cristianos...”. “Un niño cristiano de 7 años invitó a su mejor amigo a la fiesta de Navidad en la Iglesia y ahí comenzó todo”. “En un viaje a China, en el año 1777, unos estudiosos coreanos se toparon por casualidad con unos libros cristianos. La persona y la doctrina de Jesús les cautivaron y,

vueltos a Corea, les faltó tiempo para contagiar su entusiasmo a familiares y amigos...”. Así, una a una, cada Iglesia joven guarda celosamente memoria viva de sus humildes comienzos.

No es nada extraño. Parece más bien una relectura de los Hechos de los Apóstoles a partir de ese maravilloso dinamismo misionero que se desencadenó en Pentecostés. Allí nació la Iglesia. Ese día, el Espíritu del Resucitado que llenó de gozo los corazones de los congregados les hizo pasar de individuos aislados a comunidad de personas que quieren vivir en comunión, con un solo corazón y una sola alma. *“La misión a las gentes tiene ese objetivo: fundar comunidades cristianas, hacer crecer las Iglesias hasta su completa madurez. Ésa es la meta central y específica de la actividad misionera”* (RM 48).

II. Algunas tentaciones en el crecimiento de la Iglesia

Desde que nace, aun antes de llegar a su madurez, acecha a cada Iglesia local toda una serie de tentaciones que, si no identifica y vence, pueden arruinar su crecimiento. Son tentaciones viejas. Con ellas tuvieron que medirse también, aunque en otros contextos, los primeros cristianos. También ahora, según los escenarios, unas tentaciones serán más incisivas que otras, pero a nosotros nos toca estar alerta y aliarnos con el Espíritu de Dios para no sucumbir a ellas. He aquí algunas:

1. La tentación de confiar en nosotros y desanimarnos. Anunciar el Evangelio es tarea ardua. Salir como Jesús al encuentro de los pobres (¡y hay tantas clases de pobres en nuestro entorno!) y ofrecerles con amor y fervor los dones del Reino de Dios, presentarles a Jesús e invitar a seguirle... Sólo quien descubrió ese tesoro escondido es capaz de lanzarse, *“de la alegría que le entra”* (Mt 13,14), a compartirlo. Sólo *“los que han visto y oído”* la palabra de la vida son capaces de anunciarla engendrando comunión (1 Jn 1,1-4). Sólo quienes han contemplado la

gloria en el rostro del Resucitado y se dejan habitar por la fuerza de su Espíritu... Sin esa experiencia pas-cual no es posible la misión cristiana. Y nos ronda siempre la tentación de sucedáneos.

2. Una segunda, **la de replegarnos sobre nosotros mismos**. Casi desbordados por la situación, abrumados por las contradicciones que encontramos, nos derramamos en lamentos sobre la indiferencia o increencia ambiental. Nos resistimos a salir de nuestras fronteras, y hasta tendemos a confundir nuestros proyectos con los del Reino de Dios. Nuestra pastoral se reduce entonces a atender nuestras propias necesidades, y nos olvidamos de la misión universal. Pero... Dios ama a esos hombres de los que nosotros huimos y que llevan dentro sed de agua viva. Dios ama tanto a este mundo que entrega a su Hijo. Si no entramos en esa corriente de amor, si no miramos

con los ojos de Dios, si no secundamos el dinamismo expansivo del Espíritu, nuestra misión se encogerá, nuestra Iglesia no madurará.

3. Finalmente, entre otras, **la tentación de huir de la cruz**. Tal vez remisos a aceptar una presencia cristiana humilde, de “levadura” en medio del mundo, de “pequeño rebaño” destinado a ser signo e instrumento del Reino, soñamos protagonismos mundanos, nos impacientamos y hasta caemos en el activismo de hacer cosas y más cosas, sin pararnos a pensar qué es lo que Dios está queriendo. O nos debilitamos en disensiones y luchas internas (las cartas de Pablo saben mucho de eso y son siempre actuales). No es así como maduran las Iglesias nuevas, tan pequeñas en medio de las gentes y tan preciosas a los ojos de Dios. Ni tampoco las Iglesias más antiguas.

III. El signo más claro de la madurez de una Iglesia

Muchos signos apuntó el Concilio Vaticano II para diagnosticar el grado de madurez de una Iglesia en formación: que viva su fe en la Liturgia y la practique en obras de amor; que sea fecunda en vocaciones sacerdotales y religiosas; que haya un laicado cristiano testimoniando su fe con su vida y su palabra...; pero la piedra de toque de su madurez aparecerá cuando esa Iglesia tenga conciencia de que *“también ella ha sido enviada a aquellos que, sin creer en Cristo, viven con ella en el mismo territorio [...] y participe cuanto antes activamente en la misión universal de la Iglesia, enviando también ella misioneros que anuncien el Evangelio por toda la tierra, aunque sufra escasez de clero”* (AG 20).

Veinticinco años después, Juan Pablo II insistía: *“ Toda la Iglesia y cada Iglesia es enviada a las gentes. Las mismas Iglesias más jóvenes [...] deben participar cuanto antes [...] en la misión universal de la Iglesia [...]. Muchas ya actúan así y yo las aliento vivamente a con-*

tinuar” (RM 62). Y todavía más incisivamente: *“La acción evangelizadora de la comunidad cristiana, primero en su propio territorio y luego en otras partes, como participación en la misión universal, es el signo más claro de madurez en la fe. Es necesaria una radical conversión de la mentalidad para hacerse misioneros, y esto vale para las personas como para las comunidades. El Señor llama siempre a salir de sí mismo [...]. A la luz de este imperativo misionero se deberá medir la validez de los organismos, movimientos, parroquias u obras de apostolado de la Iglesia”* (RM 49).

Como el Papa reconoce con gozo, la Iglesia local ha ido tomando conciencia de su dimensión misionera; se han multiplicado desde el Concilio las iniciativas nacidas de Iglesias y comunidades (sobre todo, las jóvenes) para enviar en misión a sacerdotes, religiosos y laicos. Desde su pobreza, muchas Iglesias jóvenes de Asia, África y América Latina están enviando ya misioneros a todos los confines del mundo. Pero

estaríamos ciegos si no advirtiéramos que *“todavía existen grandes áreas en que las Iglesias locales o no existen en absoluto o son insuficientes [...] Queda por*

realizar un gran trabajo de implantación y desarrollo de la Iglesia [...]. Es más, en muchos agrupamientos humanos debe empezar aún” (RM 49).

IV. “Alzad los ojos y mirad los sembrados” (Jn 4,35)

La labor de los misioneros y, en general, toda nuestra labor cristiana solemos compararla a menudo con la labor de sembrar: una labor paciente, sin frutos visibles de inmediato, sufrida, “entre lágrimas”... Pero el Señor no sólo contó la parábola del sembrador. También, un día, junto al pozo de Jacob en Samaría, feliz de que una mujer samaritana hubiera aceptado el agua viva que Él le había ofrecido, contempló la misión bajo la imagen no de la siembra, sino de la cosecha. Dijo a sus discípulos: *“Alzad los ojos y mirad los sembrados maduros para la siega [...] Yo os envío a segar un campo que vosotros no sembrasteis. Otros lo trabajaron y vosotros recogéis el fruto de sus trabajos”* (Jn 4,35-38).

Alienta en estas palabras el gozo de la misión que el Señor nos confía. Sólo desde el gozo se crece y se madura. Así es en las personas y así es en el caso de las comunidades. Y esas palabras rezuman y contagian la alegría de una gran cosecha, la alegría de la misión. “Otros lo trabajaron”: no somos nosotros los sembradores primeros ni principales. En definitiva es el Espíritu Santo el que siembra desde siempre “semillas del Verbo” en los corazones y en la historia y culturas de las gentes. Él es el protagonista de la misión. Nosotros somos sus cómplices y colaboradores; con talante humilde, asumiendo la cruz, amando “a los hombres que ama el Señor”, en diálogo paciente con ellos, abriendo los ojos del corazón a un mundo poblado de dones del Espíritu, movidos nosotros mismos por ese mismo Espíritu.

¡Alzad los ojos!, “cristianos de las Iglesias jóvenes: debéis ser como los primeros cristianos e irradiar entusiasmo y valentía, con generosa entrega a Dios y al pró-

jimo; en una palabra, debéis tomar el camino de la santidad” (RM 91). *¡Alzad los ojos!, viejas Iglesias de Europa: abríos a horizontes universales y entonces vuestra obra de evangelización estará animada por verdadera esperanza cristiana y seréis capaces de ofrecer gratis a todos lo que habéis recibido como don, gratuitamente* (cf. EEu 64).

¡Alzad los ojos!, nos dice también el Papa en los albores de este siglo XXI: “Es necesario pensar en el futuro que nos espera [...]. Es preciso aprovechar el tesoro de gracia recibida, traduciéndola en fervientes propósitos y en líneas de acción concretas. Es una tarea a la cual deseo invitar a todas las Iglesias locales. En cada una de ellas, congregada en torno al propio Obispo, en la escucha de la Palabra, en la comunión fraterna y en la fracción del pan, está verdaderamente presente y actúa la Iglesia de Cristo, una, santa, católica y apostólica (cf. CD 11). *Es especialmente en la realidad concreta de cada Iglesia, donde el misterio del único Pueblo de Dios asume aquella especial configuración que lo hace adecuado a todos los contextos y culturas [...]. Es, pues, el momento de que cada Iglesia, reflexionando sobre lo que el Espíritu ha dicho al Pueblo de Dios, analice su fervor y recupere un nuevo impulso para su compromiso espiritual y pastoral”* (NMI 3).

Este alzar los ojos y contemplar la obra del Espíritu nos introduce en el horizonte de Pentecostés: la nueva comunidad, llena de alegría, se pone a cantar en lenguas diversas las maravillas de Dios, lee la historia desde el triunfo de la vida y camina esperanza al encuentro de los hombres. *“La esperanza no falla porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado”* (Rm 5,5).

Para la reflexión personal

- 1 Releyendo los capítulos 2-5 de los Hechos de los Apóstoles y viendo la realidad de la comunidad eclesial a la que tú perteneces, ¿qué aprendes de la primera comunidad? ¿Qué echas de menos en la tuya?
- 2 ¿Cuáles son tus reacciones ante esa realidad y cuál es tu compromiso?

Para el trabajo en grupos

- 1 ¿Conocéis los comienzos de la Iglesia local a la que pertenecéis? ¿Quiénes la implantaron? ¿Qué obstáculos hubieron de vencer? ¿Qué estilo de Iglesia desearon? (Compartir las respuestas y sacar conclusiones).
- 2 Sobre la formación de Iglesias locales han tratado sobre todo, entre los documentos del magisterio de la Iglesia, el Concilio Vaticano II en el Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia (1965) 15-22; la Exhortación Apostólica de Pablo VI *Evangelii nuntiandi* (1975) 13-16 y 59-64; y la Carta Encíclica de Juan Pablo II *Redemptoris missio* (1990) 48-50. Una lectura reposada de estos tres textos os hará descubrir insistencias comunes y acentos particulares a lo largo de estos últimos años.
- 3 Reflexionando sobre las tentaciones de las Iglesias locales, cabe hacerse varias preguntas. ¿Cuáles os parecen las tentaciones que más acechan a la Iglesia local a la que pertenecéis? ¿Cómo las vence o sucumbe a ellas? Y, por el contrario, ¿qué signos de madurez detectáis en la vida de vuestra comunidad? (Buscar entre todos las respuestas más aproximadas a la verdad).

TESTIMONIO



EL NACIMIENTO DE UNA COMUNIDAD

Los centros urbanos en Zimbabwe son pocos. La mayoría de la población vive diseminada por la geografía del país, junto a sus campos y las áreas de pasto para sus animales.

Los cristianos tienen sus lugares de reunión, a veces junto a una escuela, donde convergen los que viven en un radio de unos 4 ó 5 km. Por supuesto, quedan muchas otras personas que no tienen un centro de reunión al alcance de la mano.

En el año 1986, en la zona de Kwarai, a unos 15 km de la Misión Central, no había ninguna comunidad cristiana. Estos fueron sus comienzos:

Un día, una chica de 16 años, no cristiana, comentó con su amiga cristiana que no podía acudir a la reunión de

amigas, porque su madre llevaba bastante tiempo enferma y tenía que atenderla. Y añadió: *“Vosotros los católicos rezáis por los enfermos después de vuestras reuniones dominicales, pero mi madre, en el estado en que se encuentra, no puede ir allí para que recéis por ella”*. Su amiga le respondió: *“No te preocupes. Podríamos ir un grupo después de nuestra reunión dominical y rezar con ella, leer la Biblia y cantar lo que acostumbramos cuando rezamos por los enfermos. Seguro que eso le ayudará a sentirse mejor”*.

Durante unos cuantos domingos un grupillo de unos 10 chicos y chicas de la Comunidad cristiana de St. George's fueron andando 7 km hasta llegar a la casa de la enferma. Allí cantaban, leían la Biblia, hacían algún pequeño co-

mentario, intercalaban oraciones por la enferma, etc. Los vecinos fueron aumentando progresivamente.

Al segundo mes notificaron al sacerdote que vivía en la Misión Central lo que estaban haciendo y le invitaron a reunirse un día con ellos y con la gente que acudía. Tras varios encuentros, se formó un núcleo de unas 30 personas mayores que empezaron a reunirse los domingos para leer la Biblia juntos, rezar, cantar, celebrar y compartir penas e ilusiones estimulados por la Palabra de Dios. El misionero empezó a visitarles periódicamente. La Comunidad Cristiana había nacido en Kwarai.

JOSÉ LUIS RUIZ

Misionero en Zimbabwe

ORACIÓN

*Señor Dios nuestro,
Tú has creado el cielo, la tierra,
el mar y todo lo que hay en ellos.
Todo lo que creaste lo admiraste
porque era bueno y lo sigues amando.*

*Tú creaste al hombre y a la mujer a tu imagen,
y a todos los miras con amor, como a hijos tuyos.
Tú enviaste desde el principio tu Espíritu
para guiar hacia Ti a todos los pueblos,
y has revelado la plenitud de tu amor
en Jesús, Hijo tuyo y hermano nuestro.*

*Ese mismo Espíritu, derramado en Pentecostés,
hizo nacer la Iglesia
para llevar al mundo la Buena Noticia de tu Reino.
¿Por qué se alborotan contra ella tantas gentes
y tantos pueblos maquinan vanos proyectos?*

*Mira, Señor, nuestra Iglesia,
esta comunión de Iglesias locales
frágiles y amenazadas,
pero que tu Espíritu suscitó
y mantiene para cantar tus maravillas.*

*En ellas nos has congregado
y nos has llamado a ser luz y levadura,
signo gozoso de tu Reino en medio del mundo.*

*Concédenos ahora, a nosotros, tus siervos,
anunciar tu Palabra con toda libertad,
y manifiesta en nosotros tu poder,
para que, en el nombre de tu Hijo Jesús,
podamos realizar entre las gentes
las obras de amor que Él nos enseñó.*

*Te lo pedimos
por el mismo Jesucristo Nuestro Señor.
Amén.*

(Inspirada en Hch 4,23-30)